Kaiserreich

Juliana Lisset Covarrubias Gaspar

Capítulo 1

''Para Alex, por hacerme amar a Misaki de nuevo, a Chelsy por creer en este pedazo de historia y a Lizy y Erika, por darle amor al resto de mis niños.''

Prologo

Aunque había estado miles de veces frente suyo, el frío que la primera vez recorrió su espalda siempre volvía, apenas notar los ojos marrones, sin vida…aunque esta vez, tenían un brillo peculiar, negativo, de que algo malo ocurría; y solo consiguió estremecerle más, pues sabía que se desquitaría con ella todo lo que pudiera, rompiéndole. Así que espero…

Y espero…

Pero, simplemente una voz profunda resonó en la habitación, llamándole. Se exalto, y levanto su cabeza con rapidez a su nuevo interlocutor, una silueta grande, de complexión fuerte. Tras esta surgieron otras dos, de estaturas diferentes por apenas un par de centímetros. Por supuesto, la poca luz de su pequeña habitación, en contraste con las blancas y potentes del pasillo, no le permitía detallar más allá. Sintió que no debía de temer, pero…el doctor seguía ahí, después de todo.

-¿Está seguro que es la chica de la que nos habló? –Una segunda voz surgió. Dirigió su vista a, y se percató que era alguien delgado, no a un extremo, pero fácilmente se podría pensar que se saltaba comidas- No se ofenda, doctor Sabater…pero parece más un perrito asustado que una asesina.

Intuyo que este hizo alguna mueca de fastidio, pero, cualquier respuesta fue interrumpida por la voz profunda.

-Lo es, Taboo…-respondió, cortante, simple- es ella.

-Se ve en mal estado- se escuchó otra voz, un poco más suave, e intuyo se trataba de la tercera silueta; esta, a diferencia de las demás, parecía tener el cabello largo, atado en coleta.- pero, probablemente con algo de esfuerzo nos sea útil.

-No lo vean así, muchachos-respondió la figura central, quien había levantado sus brazos levemente.- ¿no les he enseñado yo, que la duda es lo que ha condenado a los humanos?

Fue en ese momento que aquella silueta comenzó a acercarse, y noto, por el movimiento de su torso y hombros, que comenzaba a quitarse una prenda de encima; su cuerpo se tensó, no emitió sonido alguno, y de hecho estaba preparada para defenderse, no había conseguido aquella pluma luego de que atacara a uno de los enfermeros en vano. Cuando él estuvo a una distancia considerable, se percató de sus cabellos, azabaches y peinados hacia atrás a excepción de un mechón que se curveaba hacia un lado, dándole un toque elegante; como lo pensó, se había quitado algo de encima, una chaqueta militar negra, quedando en camisa blanca y corbata negra, un poco más abajo sujetados por un cinturón de cuero, pantalones levemente holgados del mismo color que la chaqueta, abultándose a la altura de la pantorrilla por las botas militares y de hebilla plateada, continuo observándole, más subió a su rostro: la piel era ligeramente bronceada, y los labios carnosos más, lo que terminaría captando su atención era la zona izquierda de la cara, pues cicatrices, probablemente de quemaduras, le adornaban, captando que algunas estaban ya sanadas, aunque otras parecían aun enrojecidas. Luego de unos segundos, sintió una mano aferrarse con fuerza a su mentón, obligándole así a mirarle a los ojos, ahora más cerca de los suyos; contuvo la respiración. El hombre frente suyo esbozo una media sonrisa.

-Adorable, ¿Creíste que con una pluma podrías hacerme daño?

Quiso responder, sentía que tenía, pero su garganta se sintió tan seca de pronto. Busco concentrarse en algo más, y sintió el olor característico del tabaco surgir del aliento contrario. Por otro lado, el hombre frente suyo se distrajo en el ámbar de sus ojos. Sí, sabía perfectamente que ese color era imposible en los humanos, aún más en un asiático, lo que le daba un toque diferente, exótico quizás.

<<Sería un gran atrayente en los interrogatorios, o en cualquier emboscada>> dijo para sus adentros. Aunque una parte suya no le agradaba la idea, para nada, con sacarla quizás…

Saco esos pensamientos de su cabeza, no podía doblegarse, no ahora.

Volvió a pronunciar su nombre, la chica continuaba mirándole, expectante de sus siguientes palabras. Eso le gusto, y en parte, sorprendió que fuese tan sencillo. Se separó levemente de la menor, y con cuidado, paso la chaqueta tras sus hombros, cubriendo brazos y espalda. Con curiosidad la observo de reojo: una cintilla negra, con líneas rojas en los extremos se sujetaba a la manga, en la zona del bíceps, pudo apreciar parcialmente un sello, parecía conformado por líneas, aunque no entendía que significaban. Nuevamente, el hombre llamo su atención.

-Me parece que tienes que ponerte al día, pero no aquí.-se levantó, más extendió su mano, enguantada en negro, expectante- únete, y a cambio

te daré tu libertad, fortuna, poder. Tú lealtad es lo único que necesito.

Los ambarinos cristales se dilataron, emociones se acumulan en su pecho y cabeza, era… ¿Familiar? ¿O era miedo puro acaso? No estaba segura. Y aun así, su delgaducho y magullado brazo se extendió, hacía arriba; y por un instante, sintió una tenue y cálida luz cegarla instantáneamente, pero estaba dispuesta a seguirla. Un jalón fue suficiente para levantarla, más se apoyó en el pecho contrario, las piernas no dejaban de temblar.

-¿Entonces?

Tres hombres hablaban fuera de la habitación. Uno, pelirrojo, sonreía, con lastima quizás, el hombre frente suyo se veía preocupado.

-Tiene una semana, luego de eso, esta clínica será demolida, y los expedientes eliminados. Y por su bien, será mejor que no vuelva a Japón, créame…sus métodos no son de mi agrado, y es probable que del emperador tampoco.

Trago saliva, mientras peinaba los rubios y canosos cabellos que la calvicie, producto del estrés, no había consumido. Miro a los dos muchachos frente suyo: eran jóvenes, quizás demasiado para este asunto de la política, y aun así, ¿Cómo lo habían logrado? Era realmente sorprendente.

-Muy bien.

Dicho esto, se alejó con rapidez por el pasillo, sintiendo la mirada de ambos tras suyo aun así, una más severa que la otra.

-No debimos dejarlo huir.

El pelirrojo soltó una leve risita, y las pequeñas cejas albinas se doblaron, frunciendo el ceño; se paró frente suyo, quedando su rostro a escasos centímetros.

-Puede ser, pero no hay órdenes y además…creo que será divertido, ¿No te parece?

El contrario respondería, más escuchados los pesados pasos de su líder se separaron, parados firmemente cual militares. El pelinegro les miro, levemente orgulloso, les había enseñado bien. La chica tras él solo les miraba con curiosidad.

-Ellos son mis hombres de confianza, Kesshō y Taboo.

Una mano se pasó por su espalda; dio un pequeño salto de la impresión más acato esa orden y se paró a un lado del mayor, e hizo una pequeña

reverencia a manera de saludo. Los otros dos sonrieron levemente, uno incomodo, otro divertido; no es que ellos estuvieran en posición de criticarle, pero, era simplemente extraño, alguien que sale de un psiquiátrico sin ningún tipo de aprobación medica debería, al menos, lucir inestable, algo que diera un indicio de un mal estado mental, más, solo pudieron observar a una muchacha con canas discordes de su verdadera edad, con el cuerpo lastimosamente delgado y amoratado, repulsivo, si contabas las manchas de sangre ya secas en su bata. Curiosamente, ella sonrió, es como si les hubiera leído la mente, y eso solo perturbo más al albino; sentía que ambos no se llevarían tan bien.

-Entonces, Asahi, ¿Ella acepto?

<< ¿Asahi?>> pensó, con curiosidad, ese nombre…sentía que no era acorde de alguna manera, aunque no replico sobre ello.

-Claro que aceptó.

Tras esto, caminaron hacia la entrada; el aire fresco, producto de una lluvia que ceso momentos antes, le hizo temblar levemente, poniendo su blanquecina piel de gallina. Aun así, lo disfrutaba, realmente se sentía bien estar en el exterior, luego de tanto tiempo. Mientras caminaban a la camioneta, que ya aguardaba por ellos, la pequeña mujer dio un último vistazo a aquella clínica de blanco impoluto; un testigo de los tormentos que paso, escondidos bajo una promesa de bienestar. Sus manos sudaron

<<Soy libre>>